

que así: Tres días después que Jesús murió de Judas á Galilea, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba en ellas. Jesús también convidado á las bodas con sus discípulos. Y llegado á estar el vino, la madre de Jesús como por espíritu le dijo: no tienen vino. Y Jesús le dijo: mujer, qué me haces de esto á mí y á tí? no ha llegado mi hora. Con todo la madre de Jesús dijo á los que servían: Haced todo lo que os dijere. Estaban allí seis bidias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos; en cada una de ellas cabían dos ó tres cántaros. Y los dos hijos de Jesús que allí estaban: y también una hermana suya. Y Jesús les dijo: Haced lo que os dijere. Y cuando se acabó el vino, la madre de Jesús dijo á los que servían: Lo que os dijere. Y cuando se acabó el vino, la madre de Jesús dijo á los que servían: Lo que os dijere. Y cuando se acabó el vino, la madre de Jesús dijo á los que servían: Lo que os dijere.

que así: Tres días después que Jesús murió de Judas á Galilea, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba en ellas. Jesús también convidado á las bodas con sus discípulos. Y llegado á estar el vino, la madre de Jesús como por espíritu le dijo: no tienen vino. Y Jesús le dijo: mujer, qué me haces de esto á mí y á tí? no ha llegado mi hora. Con todo la madre de Jesús dijo á los que servían: Haced todo lo que os dijere. Estaban allí seis bidias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos; en cada una de ellas cabían dos ó tres cántaros. Y los dos hijos de Jesús que allí estaban: y también una hermana suya. Y Jesús les dijo: Haced lo que os dijere. Y cuando se acabó el vino, la madre de Jesús dijo á los que servían: Lo que os dijere.

PLATICA XV.

Jesucristo es Dios y hombre verdadero.

Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub Lege; ut eos qui sub Lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus.

Quando llegó el tiempo prescrito por los consejos eternos envió Dios á su hijo, formado de una mujer, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban debajo de la ley, y á fin de que recibiesemos la adopción de hijos. San Pablo á los Galatas, cap. 4. vv. IV y V.

Nada hay, señores, que interese tanto al cristiano como conocer á Jesucristo para imitarle. Nada más necesario que el conocimiento de esta divina víctima sacrificada en la cruz por los pecados del mundo. Toda la ciencia de los Apóstoles (1) era Jesucristo crucificado; toda su predicación y todo su celo se dirigía á hacer que se le conociese y adorase. Por esto emplearon la mayor parte del Credo en darle á conocer. ¿Y qué mucho, cristianos, que así lo hicieran habiendo venido al mundo para redimirnos, y darnos ejemplo de vida? El pecado nos había privado de la gracia de Dios y de la herencia del cielo, y no esto solo, sino que también nos había hecho esclavos de Satanás y reos del infierno. Nada había en todo lo criado, ni podía haber en todo lo criable, que fuera capaz de reparar

(1) Mat., fol. 64.

nuestra desgracia: la ofensa habia sido infinita, pues se habia hecho á un ser infinito, y la satisfaccion, segun rigurosa justicia, tenia que ser infinita tambien. ¿Cómo, pues, los seres criados, aunque fueran todos juntos, habian de satisfacer completamente? Imposible; porque toda la coleccion de los indicados seres por mas que estos se multipliquen no pueden formar un sugeto infinito, y por consiguiente tampoco pueden dar una satisfaccion infinita por cuanto esta guarda proporeion con quien la da, así como la ofensa con quien la recibe. No nos restaba, pues, otro destino, consumada como fué la ofensa, que penar eternamente en el infierno como los ángeles rebeldes y mezclados con ellos. Pero ¡O abismo de piedad y misericordia! ¡Qué feliz nueva! Cristianos. Este mismo Dios, infinitamente ofendido, salió á reparar él mismo esta ofensa; y lo que no habia hecho por los ángeles, criaturas tan hermosas y perfectas, lo hizo por los hombres siendo como son inferiores á aquellos, y para redimirnos se hizo hombre. ¿Puede llegar á mas el amor de Dios para con nosotros? Despues de finezas tan amorosas ¿habrá para qué estrañar que el Señor condene á eternos tormentos á los que no procuren conocerle, para no servirle ni amarle? ¡Librenos Dios de tanto mal!

A fin de que vosotros, mis amados, tengais en lo posible una idea de quien es Jesucristo, voy á demostraros, que es el Hijo de Dios vivo que se hizo hombre por redimirnos y darnos ejemplo de vida, para que imitándole, consigamos la salvacion eterna. El asunto no puede ser mas interesante. Estad etc.

He prometido demostraros que Jesucristo nuestro Redentor es el hijo de Dios vivo, y al decir esto, se entiende muy bien que es Dios y hombre á la vez, esto es, que sin dejar de ser Dios se unió á la naturaleza humana. Así es con efecto: y así estaba predicho por los profetas muchos siglos antes que sucediera. Bajo dos conceptos le consideraban, como Dios y como hombre: como Dios es consustancial é igual en un todo al Padre, y como hombre es menor que el Padre. De aquí se sigue que Jesucristo tiene dos naturalezas, una divina y otra humana, dos voluntades y dos entendimientos en la forma dicha, y una sola memoria, pues, en Dios no cabe memoria por tenerlo todo presente; lo que no sucede al hombre, para quien la memoria es una perfeccion tanto mas estimable, cuanto mayor sea, en atención á que por este medio minora la distancia de los tiempos refundiéndoles, cuanto es posible, en el presente. Pero no se entienda, por lo que acabo de decir, que en Jesucristo haya dos personas; decir esto, seria una heregía, y en todos tiempos la Iglesia

nuestra Madre ha escludido y no ha reconocido por hijos suyos á los que tal error han sostenido. Querer profundizar este misterio seria una temeridad por parte del hombre, por cuanto es una verdad que escede á la humana inteligencia, ni falta alguna nos hace conocerle para creerle: bien que si le conocieramos dejaria de ser misterio, y no tendríamos fé. A nosotros nos basta saber que Dios lo ha revelado y en este concepto nos lo enseñó la santa Iglesia, que ni engañarse ni engañarnos puede, porque Dios está con ella, y él es quien la inspira.

Sin embargo, nos es permitido hacer algunas comparaciones para formar alguna idea de este misterio inefable, y se nos permite, no para que nuestros discursos sean estímulos de nuestra creencia, que esta debe ser firme é independiente de todo discurso humano, sino para que nos deleitemos mas y mas en las maravillas del Señor. Con este mismo objeto compuso san Atanasio el célebre símbolo que lleva su nombre, y el que nuestra santa madre Iglesia nos presenta por modelo de nuestra fé, la que será recta, dice el Santo, creyendo y confesando que Jesucristo Hijo de Dios, es Dios y hombre. Dios de la misma sustancia del Padre y engendrado antes de los siglos, y hombre formado de la sustancia de la madre, y como tal, nacido en tiempo. Es Dios perfecto, y hombre tambien perfecto, compuesto de alma racional y de carne humana. Igual en un todo al Padre, segun la divinidad, menor al padre segun la humanidad. El cual aunque es Dios y hombre, no por eso se ha de creer que son dos, sino un solo Cristo, uno nada mas, y esto no porque la divinidad se haya convertido en carne, sino por la asuncion de la humanidad en Dios, ó lo que es lo mismo, por haberse unido Dios á la naturaleza humana. Es Cristo completamente uno, no porque haya confusion ó mezcla de sustancias, sino porque no hay mas que una sola persona. Porque así como la alma racional y la carne ó cuerpo humano forman un solo hombre: así Dios y hombre no forman mas que un solo Cristo. Hé aquí, mis amados, la comparacion mas bella que podemos hallar para comprender algo como Jesucristo es Dios y hombre verdadero. Cada uno de nosotros consta de alma y cuerpo, que son dos sustancias enteramente distintas, y no obstante esto, cada uno de nosotros no es dos, sino un solo individuo compuesto de las dos sustancias distintas. Ninguna prohibicion hay para que nos dediquemos á examinar cómo estas dos sustancias están unidas, todos experimentamos los efectos de esta íntima union, pero ninguno de cuantos hombres ha habido ha podido averiguar hasta ahora, como están unidas. ¿Y será prudente que nos empeñemos en averiguar, como se unió Dios á nuestra naturaleza? No por cierto: Dios lo ha dicho; verdad es, creámoslo. Este es nuestro deber y ¡ay de aquel

que con él no cumpla! esto es, que no lo crea, tal cual la santa Iglesia nos lo enseña, que no entrará en el reino de los cielos.

Jesucristo, sí; es el Hijo de Dios vivo que se hizo hombre por redimirnos y salvarnos, pudo haberse hecho hombre el Padre, y lo mismo el Espíritu Santo, pero lo cierto es que á nosotros no nos es dado penetrar, ni aun intentarlo siquiera, porque el Hijo, y no el Padre, ni el Espíritu Santo, se unió á la naturaleza humana; lo que sí debemos saber y firmemente creer es, que el Padre no encarnó, el Espíritu Santo tampoco, sino solo el Hijo, el cual hecho hombre se llama Jesucristo, y de él hablando San Juan dice que «En el principio, esto es, desde la eternidad, era ya el Verbo, que quiere decir, el Hijo del eterno Padre, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios, como Hijo suyo eterno y consustancial. Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. En él estaba la vida, y el principio de la vida así espiritual como material de todas las criaturas» y la vida era la luz de los hombres. Y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, con que el pecado ha cubierto toda la tierra, y las tinieblas ó los hombres mundanos no han querido abrazarla, y no la recibieron. Hubo un hombre enviado de Dios que se llamaba Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz, á fin de que por medio de él, todos creyesen. No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de *aquel que era la luz. El Verbo era la luz verdadera que cuanto es de sí, alumbrá á todo hombre que viene á este mundo, aunque muchos por su culpa no la reciban.* En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por él, y con todo, el mundo no le conoció. Vino á su propia casa, á este mismo mundo que él había hecho: á la Judea, pueblo especialmente escogido, y los suyos no le recibieron. Pero á todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, les dió poder para llegar á ser hijos de Dios: los cuales no nacen de la sangre ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios por la gracia, pues esta filiación no se adquiere por la generacion natural, sino por la espiritual regeneracion, que obra en nosotros el don de la fé. Y para eso el Verbo se hizo carne, esto es, unió á sí la naturaleza humana; y habitó en medio de nosotros (decia san Juan por él, y demas discipulos del Señor), y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia en sus obras admirables y de verdad en la sabiduria de sus palabras. Tal es, señores, lo que el evangelista San Juan inspirado por el mismo Dios nos dice de Jesucristo. Observemos ahora la conformidad de este testimonio irrecusable con lo que habian dicho los profetas tantos siglos antes que viniera al mundo nuestro Re-

dentor. El profeta rey refiriéndose á Jesucristo cantaba (1). A mí me dijo el Señor: tú eres mi hijo: yo te engendré hoy. Y en otro lugar (2). El me invocará diciéndome: tú eres mi padre, y yo le constituiré á él primogénito, y el mas escelso entre los reyes de la tierra. Eternamente le conservare mi misericordia; y la alianza mia con él será estable. En el libro primero de los Paralipómenos (3) se dice. Yo le daré un reino estable. Ese me edificará la casa, y yo aseguraré su trono para siempre. Yo le seré padre y él me será hijo. Y le daré el gobierno de mi casa y de mi reino para siempre; y su trono será inmóble eternamente. Isaias tambien dice (4). Sabed que una vírgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel, que quiere decir, Dios con nosotros. En otro lugar dice el mismo profeta (5). Ha nacido un PARVULO para nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado ó divisa de rey, y tendrá por nombre el admirable en su concepcion y nacimiento de una madre vírgen, admirable en su vida, milagros y doctrina, en su pasion y muerte, y resurreccion, El Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el príncipe de la Paz, su imperio será amplificado, y la paz no tendrá fin: sentaráse sobre el solio de David, y poseerá su reino para afianzarle y consolidarle haciendo reinar la equidad y la justicia desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos es el que hará estas cosas. Saldrá un renuevo del tronco de Jessé sigue diciendo Isaias (6) y de su raiz, esto es, de la descendencia de Jessé que era padre de David, se elevará una flor, que es Jesucristo. Y reposará sobre él, el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduria y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y quedará lleno del espíritu del temor de Señor. El no juzgará (7) por lo que aparece exteriormente á la vista, ni condenará solo por lo que se oye decir: sino que juzgará á los pobres con justicia, y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra, y á la tierra la hervirá con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios dará muerte al impío. Y el cingulo de sus lomos será la justicia; y la fé el cinturón con que se ceñirá su cuerpo. No temas: dice el Señor por el mismo profeta hablando con la Iglesia santa (8), no quedarás confundida ni sonrojada, ni tendrás

(1) Salm. 2, v. VII.

(2) Salm. 88, vv. XXVII, XXVIII, XXIX y XXX.

(3) Cap. 17, vv. XI, XII, XIII y XIV.

(4) Cap. 7, v. XIV.

(5) Cap. 9, vv. VI y VII.

(6) Cap. 11, v. I y II.

(7) Ibid., v. III, IV y V.

(8) Id., cap. 54, v. IV y V.

de que avergonzarte; porque ni memoria conservarás de la confusión de tu mocedad; ni te acordarás del oprobio de tu viudez. Pues, será tu dueño y esposo aquel Señor que te ha criado, cuyo nombre es el Señor de los ejércitos: y tu Redentor el santo de Israel, será llamado el Dios de toda la tierra.

Prediciendo Jeremías la venida de Jesucristo y la fundación de su Iglesia, y quejándose á la vez de los malos pastores del pueblo de Israel dice (1): ¡Ay de los pastores que arruinan y despedazan el rebaño de mí dehesa! dice el Señor. Vosotros habeis desparramado mi grey, y la habeis arrojado fuera, y no la habeis visitado: pues, hé aquí que yo vendré á castigaros á vosotros por causa de la malignidad de vuestras inclinaciones, dice el Señor. Y yo reuniré las ovejas, que quedaron de mi rebaño..... Y crearé para ellas pastores que las apacentarán *con pastos saludables*; no tendrán ya miedo ni pavor alguno, y no faltará ninguna de ellas *en el redil*. Mirad que viene el tiempo, dice el Señor, en que yo haré nacer de David un vástago, *un descendiente* justo, el cual reinará como Rey, y será sábio y gobernará la tierra con rectitud y justicia..... y el nombre con que será llamado aquel *Rey* es el de justo Dios nuestro.

Servirán *los hijos de Israel*, continua el mismo Profeta (2), al Señor Dios suyo y á el hijo de David su rey, que yo suscitaré para ellos.» Este hijo de David á que se refiere Jeremías, es el mismo Jesucristo, á quien se llama así por ser descendiente del profeta Rey, segun la carne. Asi se vé tambien en Ezequiel (3) quien figurando, inspirado por Dios el restablecimiento de Israel, y la reunion de este y Judá, y anunciando á la vez que el Santuario del Señor se fijará en medio de su pueblo bajo un solo rey y pastor, por medio de la nueva y eterna alianza, dice: «Esto dice el Señor Dios. Yo tomaré los hijos de Israel de enmedio de las naciones, y los recogeré de todas partes. Y formaré de ellos una sola nacion en la tierra, y habrá solamente un rey que los mande á todos. Yo los sacaré salvos de todos los lugares donde ellos pecaron, y los purificaré, y serán ellos el pueblo mio y yo seré su Dios. Y el siervo mio David será el rey suyo y uno solo será el pastor de todos ellos; y observarán mis leyes y guardarán mis mandamientos. Y David mi siervo será perpetuamente su Príncipe.» El mismo profeta (4) Pero ¿qué pretendo? Aducir todos los lugares de la Sagrada Escritura, que manifiestan ser Jesucristo

(1) Cap. 23, v. I, II y siguientes.

(2) Cap. 30, v. IX.

(3) Cap. 37, vv. XXI, XXII, XXIII y siguientes.

(4) Cap. 34, vv. XIII, XXIV y XXV.

Dios y hombre verdadero ¿Esto es imposible? Además que ¿á qué pudiera conducir la manifestación de tantos testos? A nada, hablando con cristianos que cual deben creen todo cuanto Dios nos ha revelado, y la santa Iglesia nos enseña. Verdad es que al referir los que habeis oido, no ha sido mi ánimo estimularos por este medio á que creais. Lejos de mí el pensamiento de que no sois verdaderos fieles. Vuestra fé sólida es antecedente á este discurso, por consiguiente vuestra creencia religiosa no procede de él, sino de la que se os infundió en el santo Bautismo.

Lo que únicamente he querido patentizaros es el ningun fundamento que tienen los que se oponen á las verdades que la santa Iglesia nos enseña, y por otra parte confiesan la autenticidad del antiguo testamento. Que nos digan á quien, sino á Jesucristo, pueden convenir los precitados anuncios de los profetas. Ellos hablaron de un David que se sentaría sobre un trono eterno, que habia de nacer de una vírgen, y naciendo en tiempo, habia existido antes que el tiempo, en el principio, allá en la eternidad. ¿Podrá apropiarse esto, católicos, al Rey David ó á alguno de los mortales? No: de ninguna manera. Solo á Jesucristo descendiente de David segun la carne: sí solo, en Jesucristo nuestro Redentor se cumplieron al pie de la letra todas las predicciones de los profetas, y solo él es el Dios y hombre verdadero que desde el principio del mundo se esperó, porque desde el primer pecado se nos prometió, ó mejor dicho, él mismo se encargó de reparar la ofensa que nuestros primeros padres hicieron á Dios.

Oigamos sobre este punto al ilustrado señor de Mazo. Jesucristo, dice (1) es Dios y es hombre. Como hombre, padeció y murió, como Dios hombre, satisfizo y mereció. En Jesucristo padeció y murió la naturaleza humana; pero satisfizo y mereció la persona divina; porque la satisfacción y el mérito son de la persona y no de la naturaleza, por consiguiente la satisfacción y merecimientos de Jesucristo fueron de un valor infinito, *porque aunque tenia dos naturalezas, no habia mas que una sola persona, y esta era divina, resultando de aquí, que quien merecia y satisfacía era un Ser infinito, y por lo tanto infinitos ó de un valor infinito sus méritos y satisfacciones*. Así es que este divino fiador de los hombres, este piadoso Redentor del género humano, ofreció á su eterno Padre en su pasión y su muerte una satisfacción plena y sobréabundante por todos los pecados del mundo; y solo resta á cada uno de los hombres tener la disposición conveniente para que se le aplique esta divina satisfacción; lo cual se verifica principalmente por los santos Sacramen-

(1) Fól. 68.

tos. Jesucristo presentó á su eterno Padre una satisfaccion cumplida no solo por el pecado original, sino tambien por los personales *ó que cada uno comete por sí*; no solo por los cometidos desde el principio del mundo, sino por todos los que se cometerán hasta el fin del mundo, porque Jesucristo ofreció á su eterno Padre el precio infinito de su pasion y su muerte por todos los pecados del mundo. Los patriarcas, los profetas, y todos los justos del antiguo testamento se salvaron en atencion á este precio infinito, y los últimos justos que habiten la tierra, se salvarán á costa de este mismo precio.

Pero Jesucristo, librándonos del pecado, nos sacó tambien del cautiverio del demonio. Una de las mas funestas consecuencias que nos trajo el pecado, fué este cruel cautiverio. La historia sagrada nos manifiesta continuamente el poderío espantoso que este príncipe del abismo ejercia sobre los hombres, y la historia profana concuerda con la Sagrada en esta parte. Dominaba en sus almas no solo por el pecado original, sino tambien por los continuos y enormes delitos personales en que les precipitaba, logrando por este medio oscurecer su entendimiento hasta el extremo de no conocer á su mismo Criador. De este modo consiguió sumergir á los hombres en el abismo de la idolatría, y ser adorado como Dios en la tierra, ya que no lo habia podido conseguir en el cielo, *de donde fué arrojado con confusion por haberse rebelado contra el mismo que le crió y embelleció*. Es verdad que el Señor se reservó algunos fieles adoradores, como Job, los patriarcas, y particularmente el pueblo que se escogió en la descendencia de Abraham para que fuese el conservador de su divino culto en medio de la idolatría universal; pero aun este mismo pueblo escogido *que tan favorecido fué de Dios y por tantas veces tuvo la dicha de experimentar su especial proteccion*, corrió tambien á doblar su rodilla ante los ídolos que adoraban los demas hombres, *y él mismo se los fabricó para rendir de este modo vasallaje al demonio á los pies de los ídolos*. Tan general era su dominio, y tan estenso su imperio sobre el triste género humano, hasta que el Hijo de Dios vino á destruirle á costa de su pasion y su muerte, y á sacarnos de su cautiverio.

En vista de esto, católicos, no estrañareis ya que hablando de Jesucristo se diga que Dios padeció, murió y resucitó, así como tambien que el hombre es hijo de Dios y Dios mismo. Esta conmutacion de idiomas como la llaman los teólogos, emana de la conexion de las dos naturalezas divina y humana en la sola persona de Jesucristo. Así es que el mismo Redentor nuestro hablando de sí mismo unas veces decia que en un todo era igual al Padre, y uno mismo con él, y otras veces decia que era me-

nor que el Padre, unas veces se manifestaba débil y otras fuerte y poderoso como el mismo Dios. Ni hay para qué dudar de las verdades que os anuncio: consignados están espresamente en la Sagrada Escritura y muy particularmente en el Evangelio de San Juan (1). «No se turbe vuestro corazon *decia el Señor á sus discipulos en la plática que les hizo la noche de su prision*. No se turbe vuestro corazon: Pues creéis en Dios, creed tambien en mí. Yo soy el camino, y la verdad y la vida. *El camino con mi ejemplo: la verdad con mi doctrina; la vida con mi gracia*. Nadie viene al padre sino por mí. Si me hubiéseis conocido á mí hubiérais sin duda conocido tambien á mi padre; pero le conoceréis luego, y ya le habeis visto *en cierto modo*. Felipe, uno de sus discipulos, le dijo: Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta. Jesus le responde: tanto tiempo ha que estoy con vosotros y aun no me habeis conocido? Felipe, quien me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo. El Padre que está en mí, el mismo hace *conmigo* las obras que yo hago. ¿Cómo no creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Creedlo al menos por las obras que yo hago. Quanto pidiéreis al Padre (2) en mi nombre, yo lo haré. Si algo pidiéreis en mi nombre, yo lo haré: Si me amais, observad mis mandamientos, y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente. Quién ha recibido mis mandamientos (3), y los observa, ese es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré, y me le manifestaré á mí mismo. Me voy y vuelvo á vosotros. Si me amáseis os alegraríais sin duda de que me voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo.» Todo esto, cristianos, dijo Jesucristo á los Apóstoles, ¿Habrà quien no conciba la verdadera significacion de estas palabras? Poco discurrirá por cierto quien no la comprendiese. Jesucristo en quanto Dios es igual en un todo al Padre, é inseparable del Padre como lo es tambien del Espíritu Santo, porque Padre, Hijo, y Espíritu Santo aunque son tres personas distintas no son sino un solo Dios, por consiguiendo donde está el Padre, está el Hijo, y está el Espíritu Santo; pero como Jesucristo es hombre tambien, es inferior al Padre y al Espíritu Santo en este concepto de hombre. Y ved ya, mis, amados claramente esplicadas las palabras del Señor. Jesucristo como Dios, es impassible; Jesucristo como hombre es pasible, y padeció. Al unirse la segunda persona de la Santísima Trinidad á la humana naturaleza, tomó Jesucristo como hom-

(1) Cap. 14, v. I, VI, VII, VIII, y siguientes.

(2) Id. v. XIII, XIV, y XV.

(3) 26 v. XXI. y XXVIII.